

José Luis Miranda. Motor del tránsito a la modernidad del ICB

Rafael Moliner Álvarez y Roberto Juan Mainar

Tuvimos la suerte y el privilegio de compartir profesión y vida con José Luis desde nuestra incorporación al Instituto de Carboquímica (ICB-CSIC) a mediados de los años 70 del pasado siglo. En aquella época, José Luis, ya científico de plantilla del ICB, se hallaba en EE. UU. becado por la Comisión Fulbright realizando una estancia de un año (1974-1975) como investigador invitado en el Bureau of Mines para conocer de primera mano en qué se estaba trabajando en ciencia y tecnología del carbón, y en particular sobre la gasificación, a nivel internacional. A su vuelta nos transmitió todo lo que allí había visto y oído, que fue mucho. Desde ese momento, se constituyó para muchos de nosotros en un referente tanto a nivel científico como personal. Que un investigador, que ya tenía asegurada su plaza en el sistema de I+D, asumiera los inconvenientes personales y familiares, estaba casado y con hijos, que suponían esta estancia, llamaron poderosamente nuestra atención. Hay que hacer notar para los más jóvenes que en aquellos años, las salidas al extranjero de los científicos eran mucho menos habituales que en la actualidad. El sistema de I+D español era escasamente conocido en el exterior y no existían las redes de cooperación internacionales que hoy en día facilitan la incorporación de los científicos visitantes a los equipos de acogida.

Durante los años 70 y principios de los ochenta, la investigación en el ICB estaba centrada en usos no energéticos del carbón, en particular en la extracción y caracterización de los ácidos húmicos para usos agrícolas, como resinas de intercambio iónico, etc. Este campo de investigación, aunque de interés, estaba prácticamente agotado a mediados de los ochenta y, sobre todo, no abordaba lo que el momento social requería tras las dos sucesivas crisis del petróleo de 1973 y 1979: el uso energético de una fuente autóctona como el carbón, en particular el proveniente de las cuencas mineras aragonesas, en sustitución, siquiera parcial, del petróleo. Fue José Luis, tras su estancia en USA, quien impulsó la idea de que el ICB necesitaba dar un cambio a sus líneas de investigación para entrar decididamente en la combustión, la gasificación y la licuefacción del carbón, convirtiéndose así en el motor del cambio hacia la modernidad del ICB.

Probablemente, los jóvenes que lean estas líneas pensarán que no fue una visión a muy largo plazo. La respuesta es que nadie puede sustraerse a su tiempo, y lo cierto es que en los años ochenta y noventa, tanto en Europa como en USA y Japón, se invirtieron miles de millones de dólares en estas tecnologías, y nadie entre la comunidad de la I+D de estos países pensaba que el carbón estaría desterrado de la cesta energética a la vuelta de veinte años. (Aprovechamos para invitar a reflexionar al respecto al colectivo de jóvenes científicos, a la luz, también, de los últimos acontecimientos en el mundo y sus repercusiones

sobre el abastecimiento de energía).

El cambio fue providencial ya que, a la sazón, el ICB y sus líneas de investigación estaban siendo cuestionados por las autoridades del CSIC, e incluso se estaba considerando la fusión con un departamento universitario al objeto de facilitar y promover su reconversión como centro de investigación. Fueron momentos convulsos para nuestro ICB, momentos de crisis que pudieron superarse gracias a la unión entre los investigadores y a la firme convicción de que teníamos un puesto dentro de la I+D en la ciencia y tecnología del carbón. A esta convicción contribuyó en gran medida José Luis, quién tras sus maneras sosegadas y poco dadas a la imposición, albergaba una gran claridad de ideas y un carácter muy firme en su defensa cuando estaba convencido de la verdad y oportunidad de las mismas. Desde ese momento se convirtió en una figura de referencia en la vida del ICB.

Además de impulsor en el cambio de las líneas de investigación, José Luis fue también un gran impulsor de la idea, tal como había predicado con el ejemplo, de que los investigadores debíamos abrirnos a conocer otros centros, otras gentes, de que la investigación era un campo internacional y que ahí debíamos de jugar. Hay que decir, en honor a la verdad, que esta mentalidad estaba ya extendida en los círculos universitarios, pero no era así en muchos institutos del CSIC, en los que todavía pesaba su pertenencia al extinto Patronato Juan de la Cierva, en el que primaba más la investigación tecnológica y la aproximación a las empresas que a los centros de investigación. José Luis siempre defendió que empresas y academia debían trabajar conjuntamente, como lo prueba su producción científica y los proyectos de investigación que dirigió, junto con empresas del sector del carbón, entre las que tenía un gran prestigio. Todas estas ideas fueron recogidas y puestas en práctica por los entonces jóvenes investigadores, quienes esto escriben, y muchos otros.

Pero la figura de José Luis, del papel que jugó en la vida del ICB no quedaría suficientemente descrita sin hacer mención explícita, también, de sus virtudes como persona, como individuo portador de una gran humanidad, como humanista en el sentido clásico del término. La vida de un centro de investigación, como la de cualquier institución, depende en muy gran medida de la actividad, de la actitud de las personas que la componen. La capacidad de trabajar en equipo, el orgullo de pertenencia, la capacidad para superar discrepancias y crear consensos creativos, es esencial para que la actividad científica encuentre un entorno adecuado en el que desarrollarse. En este sentido, José Luis supo ser una persona de referencia en el ICB a la hora de encontrar acuerdos sin renunciar a la defensa de las ideas de cada uno y en muchas ocasiones contribuyó a "templar

el ambiente" cuando "subía la temperatura" en los Claustros. Era un hombre de calma, pero ello no le impedía que fuese firme cuando consideraba que había que serlo.

Y qué decir de las conversaciones con José Luis. Todos los que le conocimos coincidimos en que era un gran conversador. Las conversaciones con él fluían de forma fácil y sin perder el interés, ya se hablase de ciencia o de fútbol, de lo trascendente o de lo intrascendente, de lo divino, o de lo humano. Porque, cuando dos científicos amigos, o dos amigos científicos, hablan relajadamente, no sólo lo hacen sobre ciencia. Antes que científicos, son personas, con sus ideas y puntos de vista sobre la vida, sus preocupaciones, sus inquietudes...

Algunos días, antes de comenzar la jornada de trabajo, disfrutábamos de breves y relajadas conversaciones, en las que hablábamos de las respectivas familias, del presente y del futuro de nuestros hijos, de los "ricarditos", como les llamaba él, puesto que ambos (José Luis y Roberto) teníamos hijos llamados Ricardo. Y se le llenaba la boca de disfrute, como a todos los abuelos, hablando de los nietos. A veces, también, lamentablemente, pero sin

que fuese recurrente, ya que a José Luis le dolía muy profundamente, hablábamos de la enfermedad de Mari Carmen, su mujer, de cuya pérdida nunca llegó a recuperarse.

Y qué decir de las conversaciones durante los viajes de trabajo a la Central Térmica de Andorra, que fueron muchos. El camino transcurría sin enterarnos mientras se hablaba de todos los temas imaginables. Permítasenos un recuerdo cariñoso a los hermosos melocotones que se exhibían en el exterior de la tienda de alimentación de F. Monzón a pie de carretera en Híjar (Teruel): "el mejor melocotón en casa Monzón" decía José Luis, inexorablemente, al pasar por delante de la tienda.

Qué duda cabe que la trayectoria ascendente, tanto en captación de recursos como en producción científica, que desde los años ochenta siguió el ICB se debió al trabajo duro y mantenido de todos y cada uno de los integrantes del centro, pero, sin duda, tuvieron su fundamento, su origen, en el impulso dado por José Luis Miranda de quien muchos de nosotros nos sentimos discípulos, tanto en la ciencia como en la vida.

